UN LIBRO SOBRE ESPAÑA

"WARTIME MISSION IN SPAIN"

La misión de Mr. Carlton Hayes embajador de EE. UU. en España



TIP. «LA PRENSA CATOLICA»
Pichincha 41, Quito.

(Mr. Carlton Hayes, Embajudor de EE. UU. en España, cargo que ocupó de 1942 a 1945, al volver a su patria escribió el libro «Wartime Mission in Spain» donde da cuenta de sus gestiones diplomáticas. El libro resultó, de rechazo, una prueba de la neutralidad española en la guerra. Damos un resumen de este libro).

Carlton J. H. Hayes, el prestigioso profesor de Historia contemporánea de la Universidad de Columbia, recibió el 17 de marzo de 1942, en su despacho universitario, una carta reservada y confidencial del subsecretario de Asuntos Exteriores, Mr. Summer Welles, en la que se le comunicaba el deseo del Presidente Roosevelt de tener cuanto antes una conversación privada sobre cuestiones de gran interés. Cualquier idea pasó por su mente menos la de que le iba a ser ofrecida la embajada de los Estados Unidos en Madrid. Sin embargo, ésta fué la sugerencia que escuchó de labios del difunto Presidente cuando dos días después lo recibió en el famoso cuarto ovalado de la Casa Blanca. Franklin D. Roosevelt le subrayó la gran importancia que para él tenía que España siguiera apartada de la lucha e *incluso dispuesta a resistir cualquier intento del Eje para invadir y ocupar la Península*. Si esto último ocurriese, el Estrecho de Gibraltar se vería dominado por el enemigo, y las posibilidades de una operación aliada en el Norte africano o en el Mediterráneo grandemente reducidas. A pesar de las protestas de Hayes alegando la dificultad de semejante tarea y las escasas ilusiones de que siquiera fuera factible, Roosevelt insistió en que él era el hombre para dicha misión. Convenía, además, ganar tiempo y, por consiguiente, acelerar la partida. Carlton Hayes pidió una semana para pensarlo bien y tomar una decisión. Transcurrido ese plazo, preparó sus papeles y emprendió el viaje. Así comenzó su embajada en España, que había de durar hasta 1945, año de la victoria y de la paz.

El profesor Hayes realizó durante este trienio una intensa labor en favor de los intereses de su nación y también en beneficio de la neutralidad española. Hombre puntual y veraz, iba el embajador anotando con meticulosidad de historiador cuanto ocurría cotidianamente. De apuntes personales ha salido su libro *Wartime mission in Spain* (1), que en los momentos presentes llena la actualidad norteamericana.

---

(1) New York, The Macmillan Company, 1945, 313 páginas.

Cuando Mr. Hayes llega a España viene cargado de prejuicios sombríos. Y también, como consecuencia, de alimentos y vitaminas en vista del hambre y las horribles privaciones que, según le refieren, hay en la vida española. Primera sorpresa: las vitaminas no le hicieron falta, ni los alimentos tampoco. Eran un dato más de la habitual fotocopia que se proporcionaba a la opinión pública norteamericana sobre la vida española bajo el régimen de Franco. Otro clisé era el de suponer que España era un aliado militar y político del Eje, que no esperaba sino la ocasión propicia o la consigna exterior para lanzarse contra las naciones anglosajonas. El Presidente Roosevelt le dió, sin embargo, antes de marchar indicaciones realistas e inteligentes: «Me reiteró su ansiedad acerca del temor de que España se viese mezclada en la guerra, con considerable desventaja para los planes aliados pendientes». (1) E incluso le adelantó que estaba dispuesto a entrevistarse con Franco en las islas Canarias o en otro lugar fuera de la Península si la gravedad de la situación así lo exigiera. Esta oferta quedó encomendada a la discreta utilización del propio embajador.

Pero las instrucciones eran más terminantes y concretas sobre las relaciones con España. Los objetivos a conseguir eran tres: 1º Evitar que España entrase en la guerra del lado del Eje. 2º Incitarla a resistir las presiones que recibiera en tal sentido o la misma invasión si se produjera. 3º Obtener del Gobierno español cuantas ventajas y facilidades fueran posibles para apoyar la lucha armada y económica de los aliados contra el enemigo. Para alcanzar estos objetivos era evidentemente necesario entenderse con el Gobierno español que regía los destinos de la nación y no con hipótesis futuras y fantásticas. «Por tal razón se me recordaba una vez más que el enemigo no era el Gobierno de España, sino el Eje....*y se me recomendaba también que debía abstenerme cuidadosamente de intervenir o dar la apariencia de que intervenía en los asuntos internos de España....Debía dejar la guerra civil española encomendada al juicio de la Historia, y el porvenir de España a los españoles*».

Sorprende al lector lo rápidamente que este hombre de ciencia americano, sin ser diplomático profesional—o acaso por

(1) «He reiterated his anxiety lest Spain be drawn into the war to the very seriou detriment of pending Allied plans» (pág. 11).

ello mismo—capta los matices más finos de la realidad política española. Cuando llega a Madrid, a mediados de mayo de 1942, toma por una vez el rábano por las hojas (1) y supone que graves acontecimientos internos van a ocurrir en España en los meses inmediatos. Convencido de ello, escribe al Presidente Roosevelt una carta, en la que anunciándole como probables, trascendentales sucesos, le dice: «Lo importante es prepararse para cuando lleguen, y ya lo secundario si España va a entrar o no en guerra al lado del Eje». Pero este yerro es único en su misión, y perfectamente disculpable, pues apenas si llevaba un mes de residencia en Madrid, plazo escaso para discriminar el verdadero valor de las versiones de «gravísimos acontecimientos» con que periódicamente amenizan y amenazan el firmamento nacional nuestros profesionales del bulo. Pero cuando Hayes contempla cómo se resuelve la crisis de septiembre de 1942, en contra de todas las predicciones catastróficas, se aclaran para él los términos del problema, y cambia rotundamente de criterio. No volverá a cometer la equivocación de suponer en constante inminencia de colapso al régimen, y tratará, en cambio, de conseguir del Gobierno toda clase de ventajas y concesiones como si su duración fuera indefinida. El éxito global de su gestión se debe, en definitiva, a no haber perdido el tiempo en vanas especulaciones sobre futuros inciertos y cambios hipotéticos de régimen.

Por eso, al final de su obra, hace Hayes algunas prudentes advertencias a sus compatriotas sobre el falso juicio que en América se forjan muchos lectores de los grandes rotativos yanquis que anuncian, un día sí y otro también, el hundimiento del Estado español. He aquí sus palabras: «Ha habido una curiosa expectación periodística en América, que esperaba de un día para otro el colapso inminente del régimen de Franco. Se anunció en alta voz, por periodistas y publicistas, en la primavera de 1943, inmediatamente después de nuestros éxitos militares en el Norte de Africa; aun con más estridencia en septiembre de 1943, tras la caída de Mussolini y la firma del armisticio con Italia, y todavía más en la primavera de 1944, cuando entramos en Roma y desembarcamos en Normandía. Desde entonces se afirmaba a coro continuamente que el triun-

(1) «I fear I took the matter too seriously at the time and drew premature conclusions» (pág. 56).

fo de las armas aliadas significaría la inmediata abdicación y desaparición del General Franco y sus secuaces». (1)

LA NEUTRALIDAD ESPAÑOLA

Cuando Carlton Hayes comienza su delicada misión, España se halla oficialmente en situación de no beligerancia. El apogeo de las victorias de Hitler llega en aquellos días a su cenit, y poca cosa puede ofrecerse a la consideración de los neutrales por parte del bando aliado, como no sean estadísticas de producción industrial de guerra a muchos meses fecha, o consideraciones teóricas sobre los errores estratégicos cometidos por Alemania. El embajador americano no se recata en manifestar que entre éstos, acaso el de mayor bulto, consistió en no haber ocupado la Península Ibérica, de grado o por fuerza, después de la capitulación de Francia. (2) ¿Pero fué, simplemente, un error de concepción, o acaso la tenaz resistencia que encontró el Führer alemán en la entrevista de Hendaya le inclinó a modificar sus planes? Para el autor es difícil aclarar esta duda, pues, según sus referencias, en la memorable conversación fronteriza la habilidad dialéctica del interlocutor de Hitler logró proponer condiciones inaceptables que hicieron negativo su resultado. ¿Qué hubiera pasado, sin embargo, si el omnipotente jefe nazi llega a aceptar todas y cada una de las peticiones de España? Para Hayes, *ni aun en ese caso* España hubiera entrado en la guerra: «Supongo que en tal hipótesis

---

(1) «There has been a curiously recurrent expectation in America of an automatic collapse of the Franco regime. It was loudly voiced by journalists and publicists in the spring of 1943, just after our military successes in North Africa; more loudly in September, 1943, when Musolini was ousted and Italy signed the armistice with us; and still more loudly in the spring of 1944, when we entered Rome and landed in Normandy, Thenceforth, in continous chorus it has been affirmed that the triumph of Allied arms must mean the speedy abdication and disappearance of General General Franco and his supporters,

«The curious feature of all this is that actually happened in Spain did not correspond at all to the expectations abroad. Instead of weakening his position within the country, the external evens in the spring of 1943, in September, 1943, and in the spring of 1944 served rather, at least for the time being, to strengthen it. By now, it should be evident that one is seriously mininformend and unrealistic if one takes for granted that the Spanish Government's collapse is inevitable and inminent....» (pág. 304).

(2) «By neglecting to extend Germany's military sway from France over the Iberian Peninsula in 1940 when he could easily gave done so, with or without Spanish cooperation, he (Hitler) committed the first of a series of fateful strategic blunders» (pág. 66).

Franco hubiera diferido y prolongado interminablemente las negociaciones, pues estaba hastiado de guerra y era, permitidme que lo subraye, hombre muy cauteloso». (1)

Y eso que el panorama no era ciertamente alentador para resistir a los cantos de sirena germanos. En breves líneas traza su sombrío perfil Carlton Hayes, al explicar la situación estratégica de la Península en aquel momento: «Al Norte fuertes divisiones alemanas guarnecían el Pirineo y la frontera francesa. Al Sur fuerzas militares francesas, dependientes de Vichy, y aparentemente colaboracionistas, ocupaban Marruecos y Argelia. Las únicas tropas aliadas cercanas a España eran la reducida guarnición británica de Gibraltar y los soldados del General Montgomery, sitiados en Tobruk o retirándose desde Trípoli hacia Egipto y el Canal de Suez. *Para España, el haber mostrado en aquel momento cualquier simpatía o parcialidad hacia los aliados hubiese sido tan suicida como si el gesto lo hubieran hecho Turquía, Suecia o Suiza*». (2)

La no beligerancia se puso a prueba—¡y qué prueba! — en las jornadas críticas del desembarco norteafricano de noviembre de 1942, operación crucial que decidió prácticamente el signo de la guerra. Hubo la posibilidad de que este gigantesco ataque fuera precedido por una ocupación militar de las islas Canarias como medida preventiva de seguridad. Hayes intervino en cuanto tuvo conocimiento de ello, argumentado con razones de peso, basadas en el pronóstico inconmovible de la exquisita neutralidad española. El 2 de noviembre recibió plena satisfacción a sus demandas en el sentido de que las islas Afortunadas quedaran fuera del vendaval bélico. El Departamento de Estado aceptaba la tesis de Hayes y consideraba a España neutral como un factor estratégico decisivo que «cubría» la operación.

El embajador arriesgaba mucho al salir fiador de la neutralidad española, ya no indiferente, sino benévola para los aliados. El mismo reconoce que en aquel momento España pudo movilizar los 150.000 hombres que tenía en Marruecos, reac-

---

(1) «My own guess is that Franco would have delayed and drawn out the negotiations to interminable length. He was chary or more war and, let me emphasize, he was very cautious» (pág, 66).

(2) «For Spain, at that time, to have avowed any partiality for the Allies would have been as suicidal as for Turkey or Sweden or Switzerland» (pág. 69).

cionando ante el ataque al Protectorado francés y, por otra parte, dando la voz de alarma ante la inmensa flota de desembarco que en la bahía de Algeciras se preparaba con finalidades imposibles de ocultar. En manos de la voluntad española se encontraba, pues, en aquellas horas la posibilidad del éxito o del fracaso de «la mayor batalla anfibia que registra la Historia», como la calificaron los comentaristas. Pero Hayes, que había departido un par de veces largamente con el Caudillo, y algunas más con Jordana, creyó saber lo suficiente para atenerse a un juicio certero. Estimaba que «no habría reacción española», lo cual equivalía a decir que España ayudaba a la operación.

El relato de lo ocurrido en la noche y madrugada del 7 al 8 de noviembre, cuando esperaba ansioso en la Embajada rodeado de algunos íntimos consejeros que llegase la hora en que debía comunicar, según las instrucciones recibidas, la noticia del desembarco al Generalísimo entregándole el tranquilizador mensaje de Roosevelt, tiene una honda emoción de suceso histórico recientemente vivido. La entrevista en El Pardo en las primeras horas de la mañana del día 8, cordial y afectuosa, fué, a su entender, el giro decisivo de la política exterior de España, que a partir de aquel momento entró en una nueva etapa de distinto significado y orientación. La frase final del mensaje de Roosevelt: «España nada tiene que temer de las Naciones Unidas» auguraba con su diáfana claridad horizontes de mutua y beneficiosa comprensión.

Por de pronto la actitud de España se sintió reforzada, aunque parezca paradójico, por el hecho de quedar emparedada entre los dos ejércitos beligerantes. Así, por ejemplo, cuando en el curso de aquel invierno el Eje insinuó sus proyectos de ocupar militarmente la Península para aliviar la situación de sus armas en Túnez y en Trípoli, la respuesta española hizo saber que un gesto de tal naturaleza implicaba automáticamente nuestra entrada en la guerra al lado de los aliados. Conviene recordar—escribe Hayes—que esto sucedía cuando todavía la «fortaleza de Europa» era, a juicio de los técnicos, un mito inexpugnable. La independencia española tiene mucho mayor mérito y los Gobiernos aliados más profundo motivo de agradecimiento a España por el hecho incontrovertible de que la mayor parte de las ventajas y facilidades concedidas a aquéllos lo fueron en momentos de gravísimo riesgo para la integridad na-

cional, siempre amenazada por las divisiones acorazadas acantonadas en el Pirineo. (1)

Estas ventajas y favores unilaterales fueron numerosos y variados, desde el trato dado a los mil ciento y pico aviadores americanos que cayeron por accidente en territorio español y de los cuales ni uno solo fué internado, sino todos perfectamente atendidos y reintegrados a sus bases de origen, hasta la devolución absolutamente graciosa de ciertos equipos de carácter secreto de los que iban provistos los aviones que aterrizaron forzosamente en España. Hayes relata cómo en un caso el piloto olvidó destruir varios de estos de gran importancia militar y cayó en la cuenta cuando el aparato se hallaba ya internado y bajo custodia de las autoridades aéreas especiales. Realizada la gestión pertinente, que era un ruego amistoso, pues ningún derecho se podía alegar para tal reclamación, el mecanismo fué entregado a las pocas horas intacto y precintado. ¿Se comprende por qué Carlton Hayes habla en su libro de la «benévola neutralidad española»?

A poco fué dado otro paso decisivo en el mismo sentido por el Gobierno español. Se trataba de ir estableciendo las bases para un gradual reconocimiento diplomático del Comité de Argel, presidido por el General De Gaulle, facilitando en términos, cada día más acentuados, la simpatía y el apoyo de España hacia los fugitivos franceses que atravesaban indocumentados el Pirineo. Más de 20.000 fueron, según las notas de Hayes, los que cruzaron la Península para ir a encuadrarse en las filas del naciente ejército libertador. El embajador norteamericano fué seguramente el más sólido apoyo diplomático que la causa francesa de la Resistencia encontrara. No sólo obtuvo, con sus recomendaciones, numerosas ventajas por parte del palacio de Santa Cruz hacia «el degaullismo», sino que lo financió ampliamente y a sus solas expensas, mientras Hoare hacía patente una desdeñosa frialdad hacia cuanto se relacionaba con Argel y su Comité. El acuerdo con España para el paso de los fugitivos tuvo otra derivación muy importante, ya que permitió organizar a los servicios de información militar del Mando

---

(1) «I must emphasize that the facilities and favors we obtained that spring were obtained at the very time when Germany still had large and powerful forces at the Pyrences and when numerous Americans as well as Spaniards feared and even expected that they were preparing to dash into the Peninsula....and take possession of it» (pág. 100).

aliado una tan perfecta red de espionaje de la Francia ocupada, que sin ella—según el autor—no hubiese sido posible organizar con éxito la operación de desembarco del año siguiente.

La paciente labor de Hayes, llevada a cabo en estrecha colaboración con el Gobierno español, era obstaculizada, sin embargo, en Norteamérica por una gran campaña de escándalo alimentada por los refugiados españoles comunistas y sus amigos americanos. Los noticiones y bulos desopilantes difundidos por aquéllos trataban de enturbiar cotidianamente las claras aguas de la imparcialidad. Hasta en el propio Departamento de Estado, en cuya burocracia existía, al decir de Hayes, una «cóterie» bien predispuesta al embrollo, llegaron a impresionarse con los ecos de semejante propaganda. La implacable buena voluntad del embajador se esforzaba en deshacer equívocos y falsedades, pero el clima era cada vez más hostil, principalmente en el Board of Economic Warfare (BEW), en el que la animosidad tomaba caracteres alarmantes. Fruto de ella fué la brusca reducción de los cupos petrolíferos en abril de 1943, decisión repentina tomada en contra de la opinión de las Embajadas, y que sugiere al autor un amargo comentario. A pesar de las reclamaciones de Hayes a Cordell Hull, éste se confesó impotente para modificar el acuerdo, cuya única finalidad era la de acallar las críticas de una gran parte de la opinión pública americana que acusaba encrespadamente al Departamento de Estado de seguir una escandalosa política de «appeasement».

LEGION AZUL. EL TUGSTENO. ARREGLOS

El 29 de julio de 1943 tuvo el embajador otra larga e importante entrevista en El Pardo con el Jefe del Estado y el General Jordana. En ella aventuró Hayes una serie de sugestiones sobre determinadas medidas que convendría fuese tomando el Gobierno español para suavizar las relaciones con los aliados, desarmando así la gran ofensiva de la opinión izquierdista norteamericana. Entre estas sugerencias figuraba la de retirar—en vista de las circunstancias y de la marcha—la división de voluntarios del frente de Rusia. Pese a todo lo que después se comentó torcidamente sobre este asunto, Hayes concreta el singular dato histórico en la forma siguiente: «Esta era la primera vez, al menos que yo sepa, que se hacía por parte de los aliados una protesta ante el General Franco sobre la

presencia de los voluntarios españoles en el frente del Este. Yo no tenía instrucciones de Washington para plantear esta cuestión ante él, y preveía que su reacción, en el mejor de los casos, iba a ser violentísima. Me sorprendió la calma de su respuesta. Me dijo que ante todo, le gustaría esbozar la motivación histórica de la situación presente». (1)

La entrevista fué tan fructífera que inmediatamente comenzaron a notarse sus resultados en numerosos detalles referentes a prensa, propaganda, etc. En lo relativo al problema de la División voluntaria, Jordana informó a Hayes, pocos días después, que el asunto había sido examinado por las autoridades militares españolas y que, en principio, había conformidad en efectuar la retirada, si bien a un ritmo lento y negociando previamente la delicada cuestión con el Mando alemán. El embajador telegrafió a Washington las importantes noticias y acordó con Jordana no dar publicidad alguna al asunto, tanto para no rozar la dignidad nacional como para evitar que los alemanes creasen cualquier complicación.

Pero no contaba con su inquieto colega. No bien Sir Samuel se enteró en San Sebastián de lo ocurrido en la entrevista del 29 y de sus resultados positivos, pensó, como buen político, que era ésta una excelente ocasión para «enfoncer une porte ouverte», regresando a Londres con la aureola de un éxito espectacular. Y, efectivamente, a mediados de agosto se anunció a gran orquesta por la BBC y las agencias de prensa que una «sensacional entrevista» iba a tener lugar en el pazo de Meirás a los pocos días. Un nutrido coro de veraneantes indígenas se encargó de amplificar la resonancia del suceso. El embajador británico marchó en avión a La Coruña y conversó durante varias horas con el Jefe del Estado español «en términos suaves y amistosos», según la versión del propio Hoare. Pero al llegar a Londres se difundió por todo el mundo la noticia de una violenta entrevista con caracteres de ultimatum, en la que se había exigido la retirada de la División Azul. Hayes apostilla: *Esto, simplemente, no era verdad.* Estoy seguro que

---

(1) «This was the first time, so far as know, that any Allied protest had been made to General Franco against the Spanish «volunteers» an the Eastern Front. I had no instruction from Washington to raise the question with him, and I anticipated that his reaction, to put it mildly, would be explosive. He surprised me by the calmess with which he replied. He said he would like to sketch the historical background of the current situation» (pág. 159).

no hubo tal exigencia por parte de Sir Samuel, ni entonces ni más tarde». (1) Naturalmente, el resultado fué enredar la madeja en perjuicio de los planes de Hayes. El Gobierno alemán protestó airadamente y España se negó a precipitar la solución para que no apareciera cediendo a una exigencia extranjera, dilatándose el propósito en el tiempo.

Hayes, a fuer de hombre veraz, no oculta la realidad de la situación acerca de la «crisis del Wolfram». Antes al contrario, reconoce que durante el año 43 la proporción de mineral enviado a uno y otro bando estaba en la relación de 77% y 23% en favor de los aliados, naturalmente. Relata después minuciosamente los distintos proyectos que se elaboraron para obligar a España a ceder y las razones que impulsaron a seguir el que se aceptó. También subraya como dato curioso la desgana británica en secundar en esta ocasión los planes de Washington, pues Inglaterra no deseaba en aquellos momentos conflictos de ninguna especie con la Península Ibérica. Por otra parte, mientras a España se la castigaba sin petróleo, y el Gobierno español para mostrar su buena voluntad suspendía de hecho las exportaciones de wolfram, Portugal continuaba recibiendo normalmente los carburantes y exportaba en aquella primavera cientos de toneladas de mineral a Alemania. En lo más cerrado de la discusión, y cuando el Gobierno español se mantenía con firmeza en la cuestión de principio, intervino personalmente Winston Churchill cerca del Presidente Roosevelt para lograr que se aceptasen las propuestas españolas, como así ocurrió. Y es que el Jefe del Gobierno inglés sabía bien lo que valía en aquellas horas — a un mes del desembarco de Nor-

---

(1) «At any rate, the British Ambassy announced about the middle of August that Sir Samuel was to have a momentous interview on the 20th with General Franco at the latter's summer residence near La Coruña. American as well as Bristh newspaper corresspondents were called in and given the text of «suggested despatches» they might send. Then Sir Samuel dramatically flew to La Coruña, while news of the flight and its «high significance» was broadcast by the BNC and carried widely in the world press. I saw him after his return to Madrid and just before he took off for England, and according to the version he gave me of his conversation with the Caudillo it covered almost exactly the same ground as mine of July 29, except that some mention of German agents was made and none of Hispanic America, and it was quite mild and friendly.

Immediately following Sir Samuel's arrival in England, however, the BBC and American, as well as British, newspaper men in London began transmiting detailed reports, which agreed substantially with what he had told me in Madrid, with one glaring exception. The publicity had it that the British Ambassador had demanded the withdrawal o the Blue Division, etc. This was not true. I am certain no «demands» were made by Sir Samuel either at time or subsequently» (pág. 166).

mandía — la amistad de España. Por eso, superada la crisis, habló a las pocas semanas en los Comunes proclamando en términos rotundos su agradecimiento.

A partir del verano de 1944, cuando el Pirineo se vió libre de tropas alemanas, la cooperación se hizo ya fácil y fué siempre cordial. Con la muerte de Jordana, a quien Hayes dedica un emocionante y justo recuerdo, entró la política exterior, regida por el nuevo titular Lequerica, en una fase de estrecho acercamiento a Norteamérica. Numerosos problemas se resuelven y varias facetas— comerciales, culturales y de tráfico aéreo—de intercambio con los Estados Unidos se van perfilando en acuerdos bilaterales. El Gobierno accede a diversas peticiones aliadas relacionadas con el fin de la guerra, que ya se presiente, y en el orden político se anuncia una amplia evolución. Hayes ve llegado el momento de pedir su relevo. La misión que le trajo a España la cumplió con creces. España quedó apartada del conflicto, salvando su integridad y su independencia. España concedió decisivas ventajas—económicas, militares y diplomáticas – a la causa de las Naciones Unidas. El profesor de Columbia puede retirarse a su cátedra para seguir explicando Historia contemporánea tras de haber sido protagonista durante tres años de uno de los más interesantes capítulos de la misma.

A mediados de enero de 1945, Carlton Hayes vuelve a su patria. Al llegar tiene que desmentir todavía que su regreso signifique—como ya lo vocea la prensa—el deseo de romper las relaciones diplomáticas con España. Y para aclarar las mentes enturbiadas por la pasión, poniendo en orden las ideas de los que hablan de España sin conocerla, decide escribir este libro, en que simplemente vierte las cotidianas impresiones de su propia experiencia.

Al final de la obra resume sus puntos de vista en unas cuantas consideraciones, de carácter general. He aquí algunas de ellas:

«En conjunto, puede decirse que España ha actuado estos años bajo la exclusiva mira de su interés nacional. En servicio de este interés España necesitaba y deseaba estar alejada del conflicto. Si se une al Eje en 1940, hubiese sufrido, tarde o temprano, las consecuencias de la guerra; si se inclinaba hacia los aliados antes de 1943 las tropas alemanas hubieran ocupado la Península. Si hubiera rechazado las demandas razona-

bles de los aliados a partir de esta fecha ello hubiese motivado una reacción hostil, y como consecuencia la entrada de España en la guerra. En cualquiera de estas hipótesis España hubiese demostrado falta de clarividencia y no hubiese defendido sus verdaderos y primordiales intereses». (1)

Carlton Hayes declara también que su misión fué profundamente entorpecida por las reacciones pasionales de un gran sector de la opinión pública de su país. Esta opinión adolece del error fundamental de suponer que se está constantemente en vísperas de una caída fulminante del régimen español. Toda táctica basada en tal supuesto conduce, claro es, a cometer equivocaciones. Y no es que el autor sea partidario o simpatizante: «Yo, por mi parte—escribe--, no tengo afecto alguno al Gobierno del General Franco. Como americano y como demócrata no quisiera que un sistema como el suyo se instalara o fuera imitado en mi país....; pero, sin embargo, tengo que aceptar el hecho, lo mismo que mi Gobierno, de que si queremos tratar con España habremos de hacerlo con el Gobierno que en ella existe, sea cual fuere, y que para negociar con él en forma inteligente y ventajosa hemos de ser realistas y no víctimas de engañosos deseos o de imaginarias fábulas». (2)

Pues el régimen español es el resultado de una decisión militar en la guerra civil de los tres años, en la que más de la mitad de la población hispana apoyó la causa del General Franco. «Sería una peregrina novedad en la historia humana—escribe Hayes—que los vencedores de una guerra de tal naturaleza se dirigieran a los vencidos, cinco o seis años después de la

---

(1) «First and foremost Spain acted, as any nation would act, in what it conceived to be its *own interest*. In its own interest, Spain needed and desired to stay out of the Mar. To have joined the Axis in 1940 would sooner or later have brought it into the war. To have shown any partiality for the Allies prior to the end of 1942 would have brought the Germans into Spain, and consequently Spain into the war. To have flouted reasonable request of the Allieds from 1943 onwards might well have led to hostile action on their part and thus brought Spain into the war. In any of this cases, Spain would have lacked foresight and failed to serve ite own greatest interest. The tactic of our diplomacy was to establish and enlarge a common area of Spanish interest and for our own. For we were not in Spain to oppose Spaniards or their Government, but to get them to help us oppose the Axis» (pág. 301)

(2) «I, of course, hold no brief for General Franco's Government. I am an American and a democrat, and I most certainly would not wish to see his type of Government installed or copied in the Untid States, or indifinitely continue in Spain or anywhere else. Yet have to face the fact, just as our own Government still has to face it, that if one wishes to deal with Spain one must deal with the existing Spanish Government, whatever it is and that in order to deal with it wisely and advantageously one must be realistic about it and not the victim of wishful thinking or of fables» (pág. 303).

victoria, para decirles: «Lo sentimos mucho, pero no debiéramos haber ganado. Les devolveremos el poder y recibiremos cordialmente a sus antiguos jefes para que hagan de nosotros lo que quieran». ¡Imaginad al General Grant pronunciando un discurso semejante a los cabecillas de la Confederación del Sur, en plena convalecencia de nuestra postguerra civil». (1)

Ciertamente hay muchos americanos que suponen que el resultado de la segunda guerra mundial obliga a emprender una verdadera cruzada contra los regímenes no democráticos y dictoriales. Hayes recoge su pensamiento llevándolo a las últimas consecuencias: «Si realmente debemos intervenir de un modo activo para derribar el régimen español, ¿por qué limitarnos a éste? Buen número de otros países, incluídos varios miembros de las Naciones Unidas, tienen gobiernos dictatoriales, militares y hasta totalitarios. ¿Qué haríamos con Portugal? ¿Y con Turquía? ¿Y con Brasil? ¿Y con más de media docena de Repúblicas hispanoamericanas? ¿Y con China? ¿Y con la propia Unión Soviética? ¡El Mariscal Stalin no ayudó, precisamente, a las democracias entre 1939 y 1941!» (2)

Hayes expone, para terminar, el interés permanente que España como nación tiene para la política exterior de los Estados Unidos: su excepcional situación geográfica, su valor estratégico en las comunicaciones aéreas, su importancia como mercado de productos industriales americanos, la fecunda cooperación intelectual que puede esperarse del intercambio universitario y técnico. Pero, sobre todo, insiste, en la enorme influencia de la cultura hispánica en América española. Influencia tan viva, tan actual, que el propio Hayes se asombra de los vínculos de sangre y de espíritu que ligan hoy día las dieciocho

---

(1) «After all, the existing regime represents that part of the Spanish nation which finaly won a three-year civil war; and it would indeed be quite a novelty in human history if the victors in such a war should say to the vanquished only five or six years afterwards: «We are sorry; we shouldn'te have made a mess of things; we will now restore you to power and welcome bakc your former leaders and let them do to us what they will». Imagine General Grant saying anyting like that to the leaders of the Southern Confederacy in the midst of our own post-Civil War Reconstruction!» (pág. 305).

(2) «And *if* we are going to intervene in Spanish affairs and use all possible means to overthrow General Franco's dictatorship, why should we stop there? A goodly number of other countries in the contemporary world, including some of the United Nations, are subject to dictatorships, military or even totalitarian. What about Portugal? What about Turkey? What about Brazil? What about a half-dozen or more Spanish-American countries? What about China? What about the Soviet Union itself? Marshal Stalin was not notably helpful to the democracies from 1939 to 1941» (pág. 307).

hermanas del Nuevo Continente. Y llama la atención sobre un grave peligro que se cierne sobre los Estados Unidos si continúa dando la impresión de hostilidad hacia España: «Si seguimos haciendo ver que somos un «mal vecino» para España aumentaremos las dificultades y riesgos de nuestra política de «buena vecindad» en el hemisferio Sur».

AGRADECIMIENTO

Este es el libro de Hayes, extractado en brevísima visión. Alegato notable por su honestidad, su objetivo juicio, su desapasionado criterio. Se comprende que esta obra haya causado con su aparición un verdadero escándalo en el corro de los denigrantes habituales de España y de su régimen. ¿De qué irán ahora a acusar a Carlton Hayes? ¿De «vendido» al régimen de Franco? ¿De mal patriota norteamericano? ¿De agente «nazi» solapado? ¡Es igual! Su testimonio se yergue irrecusable y detallado para todo hombre limpio de prejuicios, que quiera conocer el «problema» español en su verdadera entraña.

Aparte de su valor polémico de actualidad, tiene además *Wartime Mission in Spain* el extraordinario interés de ser una obra de consulta valiosísima para el conocimiento de la política exterior y la historia diplomática de España en estos angustiosos años. En país como España donde apenas escriben sus «Memorias» dos docenas de personajes en todo un siglo, el diario minucioso y exacto de un embajador extranjero tiene siempre un interés documental considerable. Por eso este libro resulta un prontuario utilísimo para quienes quieran confrontar episodios o sucesos de reciente pasado.

Un buen servicio ha prestado el profesor Carlton Hayes a la causa de la paz y de la verdad con la publicación de su obra. Los españoles se lo agradecen profundamente con deferencia hidalga hacia quien tan justa y certeramente supo interpretar su psicología colectiva, sin prejuicios sombríos, y sin caer, por otra parte, en la menor adulación. Desde este lado del Atlántico enviamos a la granja de Jericho, N. Y., donde estará el buen profesor, el saludo de gratitud de un pueblo que no sabe olvidar los agravios, pero tampoco deja nunca de agradecer la exquisita cortesía y la verdadera amistad.